

España entre la tradición y el cambio

LAS FIESTAS DE LOS PUEBLOS

JUAN MAESTRE

España ha traspasado los límites del comienzo del proceso de industrialización con las consiguientes implicaciones sociológicas que ello entraña. Quizá la principal consecuencia de este proceso sea la transformación de una sociedad en la que imperaban los valores tradicionales a otra en la que los dominantes sean los modernos, los propios de la cultura urbana, con todo lo de bueno y lo de malo que ello implica. La España inmortal y eterna se convierte en una sociedad de consumo, y el español, que debía ser diferente, como su patria, va siendo troquelado de un modo uniforme, se está convirtiendo poco a poco en lo que, sin que necesitemos comprender al sabio de Berkeley, sí queda claro por el puro grafismo de su expresión, Marcuse denomina el «hombre unidimensional».

Sin embargo, en España (por suerte o por desgracia), aunque las tendencias sean claras, y con una perspectiva futurista, nos atrevamos a decir irreversibles, estamos en un proceso de cambio y, sin embargo, es precisamente en la actual coyuntura que pueden apreciarse una serie de aspectos de la vida tradicional, que son ya casi una supervivencia del pasado, pero que (aunque su fin esté marcado o, en el mejor de los casos, sean absorbidos como curiosidades turísticas, en realidad, como pasto de consumo) aún evidencian una serie de instituciones producto de un ayer, ventanas indirectas con una perspectiva pretérita, pero a través de las cuales podemos apreciar el grado de transformación actual de una sociedad que ya se rige por las leyes inexorables de un imperativo futuro, al que se ve impelida por una dinámica planetaria.

Los diablos en la Iglesia. Almonacid del Marquesado.

Almonacid del Marquesado es un pequeño pueblo de la provincia de Cuenca, en la zona de transición de la Mancha a la Alcarria. En otra época, la población era dependiente de unos latifundistas con títulos nobiliarios, aunque la relación, al menos en este siglo, no sea la de peones, sino la de arrendatarios. Los habitantes del pueblo —los que quedan— manejan sus explotaciones agrícolas sin grandes diferencias de unas a otras. La situación actual es: cuatro mil setecientos treinta y siete hectáreas de labor y monte, unos setecientos habitantes, y cerca de ochenta tractores.

Se celebra en Almonacid la fiesta de San Blas (3 de febrero), con la Endiablada. Los «diablos» constituyen una corporación de este nombre, compuesta por un número variable de «diablos» —una treintena este año, más numerosos en épocas pasadas—, con un abanico de edades tan amplio como es el número de personas que puedan sostenerse en pie; el más joven de los «diablos», este año, pasaba escasamente de los dos años, y el más viejo superaba los ochenta. Este grupo, presidido por el Diablo Mayor o Alcalde de Diablos, realiza un ceremonial en el que es una constante la relación, en un plano simbólico, de oposición y superposición entre el poder civil y la autoridad de la diablada. El cargo de Diablo Mayor se obtiene por rigurosa

antigüedad en la pertenencia a la Endiablada; el actual, que empezó a los trece años, lleva cuarenta asistiendo ininterrumpidamente a la celebración, y hace ya quince años que ocupa este cargo.

Si se analiza en profundidad el ceremonial, se ve que es complicado y comprende una serie de aspectos no fácilmente apreciables superficialmente. Aquí, al igual que en el Carnaval de Puro-Palo y en la Caballada de Atienza, los vínculos de solidaridad entre los cofrades o hermanos se extiende hasta el acompañamiento al cementerio cuando uno muere, sea cual sea el día de su fallecimiento. También, como en los otros lugares, hay un desdoblamiento de actos públicos y privados dentro de la cofradía, siendo los más espectaculares los primeros, pero actuando posiblemente como instituciones de solidaridad los segundos. Los que podemos considerar como actos privados tienen el carácter de preparatorios, y simbolizan la consumación del ceremonial.

En Almonacid comienzan los que podemos considerar «actos públicos» hacia las ocho de la noche del día 1 de febrero, al reunirse todos los «diablos» en casa del Diablo Mayor. Todos ellos visten de la misma manera: una especie de pijama de colores vivos en tela estampada, frecuentemente confeccionado de cortinas viejas. En la cabeza, una especie de gorro hecho con una tira de papel de colores rematado con unas flores de papel —el día de San Blas, este gorro se cambia por una mitra—. En la mano llevan una porra rematada por una carátula. Y en la espalda, sujetos mediante fuertes correaes, unos impresionantes cencerros.

Con este atuendo, y con un peculiar movimiento de la cintura que oscila de delante a atrás para hacer sonar los cencerros, la Endiablada reco-

rra estrepitosamente el pueblo varias veces durante los tres días de la fiesta. A veces van en fila de a uno y a veces en fila de a dos, según el momento, que es decidido por el Diablo Mayor, quien «ordena y manda» hasta el punto de sancionar con multas cualquier contravención de los «diablos». Cuando pasa por delante del Ayuntamiento, la Endiablada hace unas evoluciones en círculo, haciendo siempre sonar sus grandes y pesados cencerros.

El primer día todo queda reducido a reunirse, recoger a la «justicia» (las autoridades oficiales locales), ir a la iglesia, rezar una breve oración por los «diablos» difuntos y pasear por el pueblo llenándolo del ensordecedor ruido de los cencerros. Pero el segundo día, el ceremonial aumenta en complejidad. Se comienza muy temprano, sin que el frío (que en esa fecha y lugar es muy intenso), ni la edad, ni salud de los «diablos» lo impidan. La Endiablada se dirige directamente a casa de la Madrina Mayor, donde se recoge la Torta de la Virgen, regalo de una hermandad de mujeres, la Candelaria. La torta se pasea por todo el pueblo con el sonoro acompañamiento y se muestra casa por casa, recogiendo también dulces en alguna de ellas. La torta se sorteará al día siguiente y aquel a quien le toque la distribuirá entre sus parientes y amistades. Aquí, como en la Comunión, no es necesaria la ingestión de una cantidad suficiente para su degustación, sino que es suficiente con tomar una pequeña porción para alcanzar los favores de la Virgen.

Con la operación anterior transcurre de modo agotador toda la primera parte de la mañana. A las doce se inicia una procesión, con la imagen de la Virgen de la Candelaria, cuya peculiaridad consiste en que delante de la Virgen van los «diablos» en una

doble fila que se mueve más de prisa que la procesión, lo que les permite que, cuando se han separado una veintena de metros de la imagen, se lancen corriendo con grandes saltos hasta llegar cerca de ella y vuelven a ponerse al final de la fila que instantes antes encabezaban.

Una vez concluida la procesión comienza una Misa que sigue los cánones tradicionales. Pero una vez concluida se produce el momento más frenético de la Endiablada. En el interior de la iglesia, los «diablos» comienzan a dar saltos y vueltas con grandes vitores, haciendo sonar sus cencerros que, al estar en local cerrado, retumban fuertemente. Durante cerca de media hora se produce una situación de gran excitación.

Por la tarde tiene lugar un curioso acto, en el que la Endiablada, de nuevo en la iglesia y por medio de los «diablos» más notables, finge lavar la cara de San Blas con una botella de anís sin destapar. Después del lavado se procede a secar al santo, poniendo los ejecutantes un esmerado cuidado, tal como si realmente estuviera empapado. Una vez concluida esta operación, comienzan de nuevo las carreras y los vitores a San Blas dentro de la iglesia, con el consiguiente tronar de los cencerros.

Al día siguiente, que corresponde al de San Blas en el calendario litúrgico, el ceremonial es similar, con ligeras variantes. Desde el lavatorio del santo se ha sustituido en el atuendo el gorro de papel por una mitra. Y por la mañana, en lugar de pasear la Torta de la Virgen, se realiza una colecta casa por casa. Después de la procesión y la Misa, idénticas a las del día anterior, aunque tal vez la excitación fuera en aumento, hay un pequeño convite, en la fonda, sólo para hombres, durante el cual «diablos» por un lado y autoridades políticas, notables, e invitados por otro, se encuentran de un modo tácito en cuartos separados. Por la tarde, con nuevas y sonoras evoluciones se hace la despedida de la Endiablada. A partir de este momento, los actos de la cofradía serán rigurosamente privados. Una comida para rendir cuenta de la cuestación, y acompañamiento al cementerio, con el atuendo pero sin cencerros, si algún cofrade ha muerto durante el año.

Lo religioso y lo profano

La Endiablada de Almonacid del Marquesado es quizá una de las celebraciones menos mistificadas que se pueden encontrar dentro de la España «folk». El proceso de cambio se aprecia menos aquí que dentro de otras instituciones populares. La emigración ha afectado a los habitantes de Almonacid tanto como a los de cualquier otro lugar de la España rural; sin embargo, hay emigrantes que acuden a la cita desde Bilbao, Madrid o Valencia, para pasarse casi tres días, en la época más ingrata del año, saltando y haciendo sonar, mediante un cansado movimiento, sus pesados cencerros. La modernización y los medios de comunicación de masas parece como si no existieran, y la autosugestión y efectos de la excitación de los «diablos» causan efectos tales como el que uno de los «diablos», de anciana edad y afectado de dos enfermedades bastante graves, pase esta dura prue-



El Puro-Palo de Villanueva, uno de esos maravillosos pueblos de la Vera...

ba merced a la protección de San Blas.

En la institución de la Endiablada, el plano de lo simbólico ocupa un papel primordial, y por lo tanto es también bastante simbólico que se puedan apreciar algunas transformaciones en los últimos años. En primer lugar, el número de los «diablos» ha disminuido. Por otro lado, se acostumbraba a llevar, durante la primera parte de la Endiablada, una máscara, que se suprimía desde la tarde del día 2. Con ello se representaba la transición de un estado a otro. Hoy, prácticamente nadie lleva la máscara, y los «diablos», celosos de su ceremonial en otros aspectos, no se preocupan de este detalle. El paso de una situación a otra que el sincretismo religioso de la Endiablada representaba ya no tiene sentido en la actualidad. Pero, por el contrario, los vínculos de solidaridad, y posiblemente de defensa, que la Endiablada representa, continúan vigentes, y es por lo que la institución prosigue. Es notable cómo, incluso en «diablos» hoy niños, existe la conciencia de un atentado a los derechos de grupo por el hecho de que durante la guerra civil española se prohibiera la fiesta y que precisamente la prohibición procediera de miembros de la comunidad.

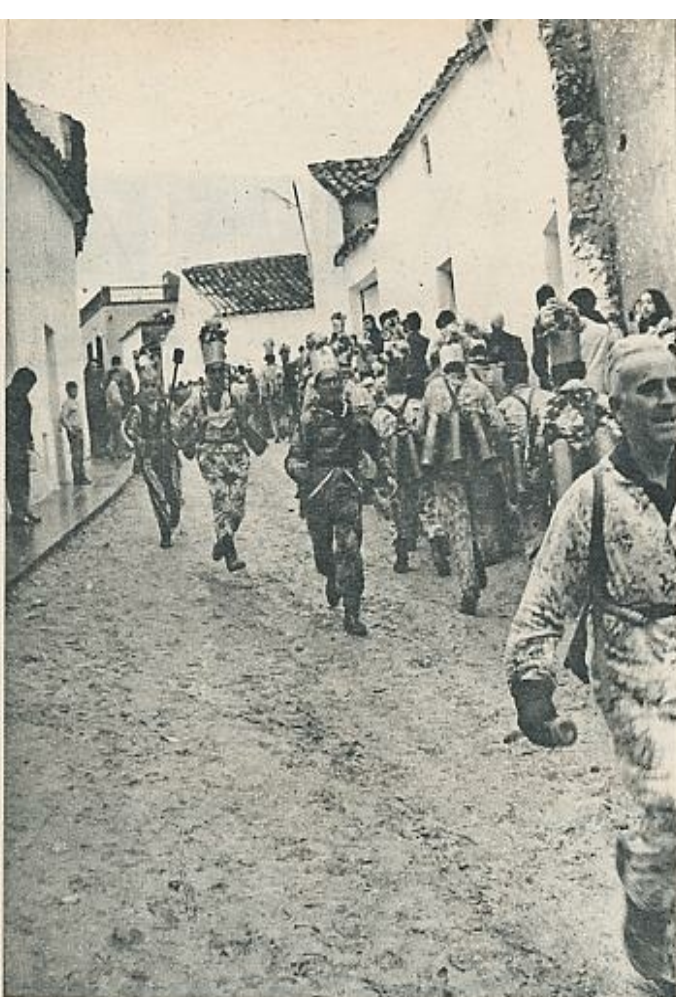
El aspecto religioso, que aparentemente es el más importante, indudablemente se encuentra en un segundo plano. Juntamente a la Endiablada existían antes los «danzantes» en homenaje a la Virgen, quienes ejecutaban una danza en la que intervenían ocho danzantes, un palillero y el jefe de los danzantes. Esta danza, juntamente con elementos comunes al conjunto del folklore español, tenía la peculiaridad de que durante el baile acompañaban un arado. Esta danza ha desaparecido totalmente en los últimos tiempos, y existe un consenso en la comunidad de que su desaparición se debe a lo que, en un lenguaje urbano, podemos definir como incompatibilidad con los tiempos; incompatibilidad que parece no existir en ese ceremonial de la Endiablada que, visto desde la perspectiva de la Gran Vía o de las Ramblas, parece totalmente exótico.

Por otro lado, San Blas no es ni tan siquiera el patrón del pueblo, que celebra sus fiestas patronales en septiembre, el día de San Miguel. Y cuando algún párroco ha querido oponerse a suprimir alguno de los aspectos del ceremonial dentro de la iglesia, la oposición ha llegado hasta el enfrentamiento físico.

El Rashomon

Dos son las interpretaciones que se dan de la Endiablada dentro de la comunidad. En ambas encontramos un sinfín de sincretismos y de anacronismos. Una de las versiones está relacionada con la Purificación de María, que aun a pesar de ser virgen tuvo que acudir al templo como toda otra madre, pero para no herir su pudor de virgen y que no sintiese vergüenza, unos pastores (según unos informantes), o San Blas (según otros) se vistieron de modo llamativo, y con grandes cencerros distrajeran la atención del público, que no se percató de este modo de cómo «María sin pecado concebida» iba a celebrar su ceremonia de purificación.

Otra de las versiones habla de una epidemia de garganta en el siglo XII, y del encuentro, por unos pastores,



Fiesta de San Blas, la «Endiablada», en Almonacid. Los diablos realizan un ceremonial que es una constante relación, en un plano simbólico, de oposición y superposición entre el poder civil y la autoridad de la Endiablada.

de la imagen de San Blas —abogado de la garganta— que se encontraba enterrada en las cercanías del pueblo. Los pastores expresaron su júbilo con los cencerros y lavaron la imagen con lo que tenían a mano (aguardiente). Después se produjo la competencia por la posesión del santo con los habitantes del pueblo vecino, hasta que la disputa fue dirimida milagrosamente.

Pero tal vez al sociólogo, más que la interpretación de unas leyendas, le interese la versión que de esta celebración dan aquellas personas que ocupan posiciones decisorias en la vida de la colectividad de Almonacid del Marquesado. Es un auténtico «test» en el que las contestaciones se dan de acuerdo con los roles y «status» desempeñados en la comunidad. Autoridades, cura, profesionales, líderes, etcétera, arriman cada uno «el ascua a su sardina» para dar una interpretación a la vez que juzgan y valoran los acontecimientos. Unos hablarán de «ellos» en tercera persona, como si se tratara de ajenos a la oficialidad de su mundo; otros hablarán de la expresión del fervor religioso y el modo de exteriorizar la caridad cristiana, y habrá quien intelectualice mucho más. Un auténtico Rashomon a través del cual se pueden medir los valores y el concepto del «yo» y los «otros», no sólo de una sociedad anclada en el pasado, sino también de aquellos que, en cierto modo, son los agentes o los intermediarios de las fuentes eficientes del cambio.

La Vera: nieve y naranjos

De la Vera escribió Unamuno a principios de siglo que era una región «tan abandonada como hermosa».

Al pie de la Sierra de Gredos, con sus picos nevados, la Vera es una comarca de clima tan benigno, que cuenta entre sus productos agrícolas con el tabaco y las naranjas. Durante cierto tiempo, esta región mantuvo un cierto grado de aislamiento. Una maestra recién jubilada contaba su llegada a esta zona —que fue su primer destino— como si se tratara de un auténtico safari. El Emperador Carlos escogió este lugar para su retiro.

Pero las particularidades de la Vera no se reducen a la belleza de sus tierras y la benignidad de su clima. Varios de sus pueblos, declarados «conjunto histórico-artístico», pueden ser calificados como auténticas maravillas. Y también encontramos aquí curiosidades etnológicas: los empalados de Valverde, una de las más escalofriantes penitencias que se producen durante la Semana Santa en un país como España, cuya cultura no está exenta de algunos condimentos sadoomasoquistas; y en Villanueva, su contrapunto jocoso y animado del Carnaval de Pero-Palo.

Villanueva es uno de esos maravillosos pueblos de la Vera en los que uno se siente en otro mundo lejano en el que el Shopping Center estaba sustituido por las ferias periódicas, y el napalm por las piras inquisitoriales. Viejas viviendas y una encantadora plaza con su fuente redonda, con cuatro caños. Sin embargo, no parece que estos encantos embriaguén tanto a los naturales, si tenemos en cuenta que de sus cuatro mil habitantes a principios de los años cincuenta, sólo quedaban 2.713 en el censo de 1971. Debe ser sólo aparente el esplendor de sus campos, si tenemos en cuenta este éxodo y la escasa mecanización allí existente: sólo cuatro tractores. O quizá más probablemente suceda que sobre sus habitantes se ejerza el peso de la atracción genera-

da por el proceso de industrialización.

Antiguamente la región estaba aislada, no solamente por su falta de buenas comunicaciones y por su geografía (Gredos y el Tajo), sino también por el hecho de haber encontrado formas de subsistencia a través de diversas instituciones socioeconómicas propias. El Sexmo de la ciudad de Plasencia era una comunidad de fincas utilizadas en común por un grupo de Ayuntamientos. Su extensión era tan grande que llegaba hasta la provincia de Madrid. La sierra fue de «propios» hasta la época de la desamortización, y de ella se beneficiaban 76 términos municipales.

El Pero-Palo

Enmarcado en este cuadro geográfico y probablemente vinculado a factores históricos, tiene lugar el Carnaval del Pero-Palo, o quizá más propiamente, las fiestas de Pero-Palo, pues posiblemente el carnaval se aproveche para celebrarlas en esa época. La fiesta se desarrolla a lo largo de cuatro días.

El primero es uno de los más importantes, aunque aparece en tanto oculto. En el atardecer de ese día se coloca la «aguja de la justicia», donde se fijará a Pero-Palo durante los días de la fiesta; comienza el tronar de los tambores; empieza a desatarse la alegría juvenil, que es uno de los elementos más esenciales de la fiesta en estos momentos, y se confecciona el Pero-Palo. Es éste un muñeco relleno de paja, vestido con la austeridad casi macabra, típica de los hidalgos en la época de los Austrias. La confección del muñeco era uno de esos ritos que anteriormente hemos calificado como «privados». Los «peropaleros» se ocultaban para ello, aun cuando la comunidad tenía que descubrir el secreto, que no solamente se defendía con la ocultación, sino también físicamente. Toda la confección del muñeco estaba ritualizada: a cada pieza o miembro del Pero-Palo correspondía una especie de rezo o toque de tambores. Sin embargo, toda esta parte está en franca decadencia. Si la fiesta tuvo en su momento algo de esotérico y privado, en estos momentos eso carece de sentido en buena medida.

En la madrugada del segundo día se pasea al Pero-Palo entre mortecinos redobles de tambor, y, en su momento, también entre lamentos. Hoy, los lamentos han sido sustituidos por órdenes del poder local, reglamentando la fiesta y prohibiendo bromas de mal gusto contra los forasteros y animales...

Los dos días siguientes, correspondientes al domingo y lunes de Carnaval, todo lo relacionado con la fiesta autóctona se limita a pasear al Pero-Palo, con el consiguiente acompañamiento de tambores y de las «copletas» —pequeñas canciones alusivas a Pero-Palo y su significado—. Al final de cada uno de estos paseos, que tienen itinerario fijo, se le hace al Pero-Palo la «judía»: se colocan dos bandos (en uno de los cuales está el muñeco y en el otro los tambores del acompañamiento) frente a frente. El Pero-Palo se coloca en posición horizontal, y se embisten ambos bandos uno contra el otro. Antes de encontrarse, se levanta al muñeco, pero de todas formas chocan los dos bandos, intentando salir los de uno y otro a través de las filas contrarias.

LAS FIESTAS DE

La «juída» tiene una gran aceptación entre los jóvenes de ambos sexos, dado que, en una sociedad en la que la cultura existe, o existe hasta la aparición de los transportes públicos, una distancia entre los sexos, esta cheque supone la posibilidad de una «juída» y «juída» confrontación física.

Elecciones, Ofertorio y Tribunal Popular

El martes de Carnaval es sustantivamente variado y se producen gran cantidad de acontecimientos. Aparte de los ya conocidos pasos a Puro-Palo, momento de las cacerías, jotas al tambor y algarra popular, a las once todavía lugar las violaciones para designar la justicia que debe de someter a Puro-Palo. El lugar de la inexistente elección —pues los elegidos son los «quintos» de ese año— es el local del Ayuntamiento. Allí se mata un burro y se producen nuevos enfrentamientos simbólicos entre el grupo de personas que se encuentran dentro y los de fuera. Al final, sale del Ayuntamiento un personaje cubierto de arpillera, con una calavera sobre la cabeza y con el rostro tiznado de carbón y un cartel a la espalda con los nombres del Tribunal Popular que montado sobre el burro, es arrastrado por las calles del pueblo a la par que unos «escopeteros» disparan salvos. Al cabo de varios horas de paseo, se coloca al Puro-Palo en la Aguja de la Justicia de espaldas al pueblo (cada día ocupa una posición diferente en la aguja) y se lee su sentencia: «Condenado a muerte por el Tribunal Popular por delito de alta traición».

Más o menos al mismo tiempo —aunque es posible que en otras épocas fuese a continuación—, los «pero-paleros» acompañan a un copista, que hasta entonces no había aparecido, a la casa parroquial, donde se guardan unas alabardas que son recibidas por sus acompañantes, y una bandera que es portada por el «peón», redoble, bululío y alegría.

A las tres de la tarde tiene lugar el llamado Ofertorio. En plena plaza se coloca una mesa, tras la que se sitúan los integrantes del Ayuntamiento y a ambos lados, en bancos entrecruzados perpendicularmente a la mesa, formando pasillo, se sitúan la «Justicia de Puro-Palo», varios jóvenes con el mismo atuendo del que fue pasado en el burro esa mañana y proletrados de grandes peñas rematadas con calabazas. Un secretario lleva un carbón quemado y un gran cuerno, que simulan pluma y timbre, con la que tienen que firmar los «ofertantes». Una vez firmadas todas estas personas, los espectadores pasan a «ofrecer» en la bandeja que está encima de la mesa y a firmar con el carbón. Y al salir por el pasillo formado entre los bancos son espantados con mayor o menor entusiasmo —depende de las circunstancias del «ofertante»— por los de la Justicia. Esta «oferta» es voluntaria y, sin embargo, los candidatos a la plaza son muchos. La operación dura varias horas y, hasta reciente prohibición, a los forasteros se les obligaba a «ofrecer», a la par que recibían su buena cantidad de pata.

En tanto está sucediendo esto en la plaza, por el mismo itinerario que han seguido todos los anteriores desplazamientos, está teniendo lugar otra. La Capitana, figura nueva desde la mañana, ataviada con el traje típico y blandiendo una gran vara pelada en

cuya punta hay atado un chorizo, como señalada del Capitán con su bandera y los alabarderos, pasan al Puro-Palo. Después del Ofertorio y de los corridos de la Capitana, esta y el Capitán, junto con el Ayuntamiento, organizan la denominada «Jura de la Bandera», que tiene lugar en el mismo sitio del Ofertorio. Consiste en que cada uno de los «jurados» hace un juramento y da vueltas alrededor a la gran bandera alrededor de él. Esta operación es realizada por aquéllos que así lo desean y, en último lugar, por aquel que va a ser Capitán al año siguiente. Se trata, evidentemente, de una manifestación pública de fidelidad que da prestigio a sus realizadores.

Con esto, la fiesta queda prácticamente rematada y solo resta la «je-

da»; otros de la escavificación del juicio y muerte dados a un bandolero de la guerra, y otros más no cuentan de un proceso que frente a la Inquisición de Llerena tuvieron que sufrir una parte de los habitantes del pueblo. Y hay quien también recuerda una última a la Fuencobarrera, contra un malandrín que no dejaba a ninguna mujer tranquila. Las coletas son una fuente de información sobre el origen, y en ellas se encuentran múltiples menciones a estos cuatro varalones. No falta tampoco la mención a otros orígenes e incluso hay quien apunta a épocas más antiguas. Un perepeleiro aseguraba que «Puro-Palo era más antiguo que se inventara a Cristo y la Virgen, antes que los árabes, los romanos y los centes (sic)».



La entrada en el Ofertorio.

cción del Puro-Palo. En su momento, este acto estaba rodeado de discusiones entre los habitantes del pueblo; parte de los cuales eran partidarios de ejecutar a Puro-Palo, y otros más, entablandose discusiones al efecto y haciendo aparición, también unas plañideras. En la actualidad sólo se aprecian unos gritos de «muera» y «no muera», en medio del «cachemao» general.

Para ejecutar a Puro-Palo se le trasladó a casa del perepeleiro mayor, donde es despojado de su ropa toda se guarda para el año siguiente, pues el tiempo no está para gastos. Con lo que queda se vuelve a la plaza, en donde la multitud lo desahoga, se traen por los aires y después se pronuncia fuego a los restos.

Judíos, bandidos y la Inquisición

Hay aquí lo que de descripción encontramos en la fiesta.

Otro factor interesante es el número de versiones diferentes con que los habitantes de la villa intentan explicar el origen de todo lo anterior. Uno habla de tensiones con los ju-

En realidad, es posible que todas las versiones, con las debidas transformaciones, tengan algo de cierto. El proceso de la Inquisición en Llerena parece verificarse, de fecha relativamente reciente: hace dos siglos y del 32 a esta parte», y así, en 1752. Momento en que la Inquisición se encontraba en cierto declive, por lo que puede ser una de las razones por las que la gente de Villanueva fue abieita y hasta se explica la compensación (las alabardas) que las autoridades les dieron por las molestias ocasionadas. Pero parece evidente que este proceso tuvo lugar precisamente por la celebración de la fiesta del Puro-Palo, pues la acusación era que todos los años allí se juraba y mataba a un hombre.

Con respecto a las versiones del bandido y del «malandrín» que no dejaba a ninguna mujer, pueden muy bien ser coincidentes y pertenecer al escorcio histórico de Villanueva. El bandolero ha estado muy extendido en España, y en esa región se ha dado incluso el único caso de bandolerismo inmortalizado en nuestro país. La carta con el chorizo que blanda la Capitana puede ser símbolo de hecho relacionado con el «malandrín».

También con este personaje debe de estar relacionado algún hecho que los del pueblo se niegan a contar, aunque no ocultan que existe, pero es secreto.

En lo que respecta a los judíos, también es bastante probable que existieran algunas tensiones, en época remota, a un lado y otro de la guerra y sus consecuencias. Existen grabados de paso de los judíos por la comarca. Aunque terminan los intentos «judíos» en un sentido extremo. El término judío ha podido ser aplicado a todo aquel no ajustado al sistema social imperante o dirigido a una de las fracciones de la comunidad a la que se opone otra más fuerte.

En cualquier caso, parece evidente que Puro-Palo ha venido a representar un momento relativamente aislado y autoconclusivo, el receptáculo en el cual se han ido recogiendo los sucesos que han ido afectando a la comunidad a través del tiempo, a la par que sirve para canalizar las tensiones allí existentes. La posición y el entroncamiento a nivel simbólico son una constante en la celebración de las fiestas de Puro-Palo (así mismo también observe el desenvolvimiento de roles diferenciados, en el transcurso de la fiesta, por los diversos estratos verticales y horizontales de la población).

Sin embargo, todo esto, puede explicar, o dar alguna luz al hecho, respecto a los hechos del pasado, pero no nos es válido para el presente. En la actualidad, el Puro-Palo, con toda su complejidad y vivacidad, cumple la misma función que la mayoría de las fiestas de todo pueblo ibérico: es el vínculo de unión entre la comunidad y sus miembros, dispersos por la geografía española o europea. Es la ocasión para volver, mediante relaciones, e incluso en muchas ocasiones propiamente la posibilidad de resuspitar roles diferentes a los propios del «status» familiar en épocas presentes.

Así vemos el esplendor que rodea a Capitanes y Capitana, alabarderos, Jura de Bandera, acompañamientos, Justicia del Puro-Palo, y a los grupos que cantan las coplas, vistiendo y luciendo vestimenta típica y trajes de variada coloración. Sin embargo, vemos también, guiados algunos aspectos de la fiesta, quizá los más esenciales: los intimamente ligados al Puro-Palo, algunos de los cuales aun subsisten gracias al trabajo de algunas familias, para las cuales esta fiesta ha tenido un significado especial desde tiempos remotos. Lo particular va cediendo poco a lo general.

Pero también hay que resaltar otro aspecto bastante significativo, el papel de la juventud, que es el principal para el sostenimiento del ritmo imperante en la fiesta. Es una juventud de la España del presente, la de, si no se puede decir, del desarrollo, si de la modernización. Una juventud con bastante poco de tradicional, aun cuando llega de compare de la «juída», la «calabaza», el «Ofertorio», etcétera.

La Caballada de Atienza: un «pottatch» en tierras de Guadalajara

Atienza tiene la misma apariencia que muchas ciudades dormidas. En la actualidad no es más que un bello

LOS PUEBLOS

pueblo, con un conjunto histórico artístico monumental; pero uno de los tantos municipios que encontramos en el mundo rural español. A pesar de ello, quedan claras huellas de la importancia y esplendor que tuvo siglos pasados. Un impresionante castillo, con restos de magníficas murallas; múltiples iglesias, conventos románicos y góticos, y hasta un antiguo (abandonado) hospital. Casas con escudos heráldicos y calles con nombres que recuerdan épocas pasadas.

Por su situación, Atienza fue una pieza muy importante durante la Baja Edad Media. Una antesala de la Extremadura Oriental y un acceso de la Meseta Meridional a la Septentrional; un bastión real frente a los poderosos feudos circundantes, y un baluarte de Castilla frente a Aragón y los reinos musulmanes. Su especial situación hizo que no solamente fuera una pieza principal en la política del momento, sino que también fuera una de las plazas más importantes para el tráfico y el comercio, sobre todo entre las dos Castillas. Por estos motivos, algunos estamentos de la sociedad medieval fueron cobrando importancia y necesitando autonomía frente a los señores feudales, para lo que necesitaron acercarse al poder real, que también se sirvió de ellos en su ya entonces iniciada tendencia a la centralización. En Atienza fueron importantes los arrieros, germen de una futura burguesía independiente, ligada al comercio entre diversas regiones.

Fruto de este proceso histórico es la actual Caballada. En 1162, Atienza encerraba en su castillo un valioso tesoro, además de encontrarse allí el Rey Alfonso VIII, que era todavía un niño. En aquellos momentos existía la rivalidad entre Laras y Castros, apoyados estos últimos por Fernando II de León, quien tenía cercada a Atienza. Para poder burlar el cerco, un grupo de arrieros atencinos, que tenían «paso franco» por las líneas enemigas para comerciar, sacan al Rey, mientras sus compañeros fingían ir a celebrar una fiesta en una ermita cercana. Así, mientras unos bailan, otros llevan al Rey, en siete jornadas, a Segovia y Avila. Por este hecho, el Rey concede a los arrieros una bandera y determinadas privilegios. Los arrieros, después comerciantes, continuaron teniendo importancia en Atienza cuando decayó la de la villa, que desapareció totalmente como bastión político, y se convirtieron en la clase social de mayor prestigio e importancia en la comarca. Hasta época reciente, Atienza ha sido un importante centro comercial regional.

Cofrades, meriendas y subastas

La fiesta de la Caballada de Atienza se celebra durante cinco días discontinuos, de los cuales tres se dedican a una serie de actividades internas de los miembros de la cofradía de la Santísima Trinidad, que son los actores prácticamente exclusivos de la Caballada. El sábado y domingo de Pentecostés tienen lugar los actos públicos.

El sábado se reúnen el Prioste, el Mayordomo y los cuatro Seises de la cofradía y, acompañados por el «Manda» (que en realidad no manda, aun cuando puede imponer multas, sino que más bien es un mandado), un dul-

zainero, un tamborilero y tres mayordomas, bajan a pie hasta la ermita de la Virgen de la Estrella. Una vez allí, realizan los preparativos para el día siguiente, y en un local anejo celebran, en la intimidad, una merienda a base de siete tortillas diferentes que recuerdan las siete jornadas que se tardó en llevar al Rey de Atienza a Avila.

El domingo se reúnen todos los cofrades en casa del Prioste y a una voz del «Manda»: «Hermanos cofrades, a caballo», montan en sus cabalgaduras. Pasan lista, comenzando por Francisco Franco, que es el Prioste Mayor Honorario. Después se leen las multas impuestas el año anterior a los miembros de la cofradía, por motivos tales como: fumar, no hablar de usted a algún otro hermano, caérsele el pa-

los términos corrientes, al final de la cual se procede a una nueva serie de subastas, en este caso de unas rosas de pan dulce y frutos, que han sido previamente colgados en una gran rama de árbol hincado en la tierra frente a la ermita. El «Manda», que es el encargado de subastar, tendrá que ofrecer al público 75 rosos, dos tartas y cinco lotes de frutos. Es una auténtica competición de prestigio, en la que unos anulan a los otros; una versión ibérica del «potlatch» de los indios de la Columbia Británica, descrito por Ruth Benedict y otros antropólogos.

Una vez concluida la interminable subasta, los cofrades bailan una jota a la Virgen y realizan una comida de hermandad, en la que el menú consiste en cordero asado, cogollo de lechuga

sonas, sino de los caballos, que cada vez son más raros y difíciles de encontrar. Uno de los asistentes auguró, medio en broma, que en el futuro la Caballada tendría que ser trocada en «tractorada».

Pero todavía apreciamos el apuntar de dificultades que afectan de modo más íntimo la esencia de la institución. La Caballada está ligada a un efecto de demostración de prestigio por la que, en su momento, fue el germen de una clase social ascendente. La mayoría de sus integrantes son personas que ocupan posiciones altas en la pirámide social de Atienza, muchos de ellos comerciantes. En la cofradía y en su secuela, la Caballada se juega no sólo el prestigio social a nivel individual, sino también grupal. El cargo de Prioste es rotativo, y en el atavío de los cofrades se diferencian aquellos que ya han «servido a la Virgen» y los que no, pues los primeros llevan una capa castellana, en tanto que los segundos, sólo una chaquetilla bordada.

La ocupación de cargos dentro de la cofradía entraña determinadas obligaciones, que son medidas a través del mismo baremo constante en toda la fiesta: el prestigio a través de la ostentación. El Prioste ha tenido que pagar muchos de los gastos públicos de la celebración, y se ve también obligado a realizar algunos de carácter privado: invitaciones, consiguiente reforma y modernización de su casa (para recibir adecuadamente a sus invitados), etcétera. Se recuerda de algún cofrade que vio sensiblemente mermada su fortuna por ocupar puestos significativos en la Caballada.

Pero hoy, la decadencia de Atienza es cada vez más sensible, no sólo como villa importante, cosa que dejó de ser hace ya varios siglos, sino incluso como tal municipio rural. Concentración parcelaria, ordenación rural, etcétera, han servido para manifestar lo que se encontraba latente. Lo mismo que ocurre con los caballos va a suceder con el prestigio. ¿Frente a quién y para qué se sostiene? Estos interrogantes, con el paso del proceso dinámico que afecta al mundo rural, van teniendo cada vez una respuesta más difícil. Pero aparece al unísono otra nueva cuestión: ¿quién es el que ostenta y se prestigia? Con la movilidad social espacial pueden aparecer personas relativamente poco relacionadas con la comunidad; inmigrantes enriquecidos, hijos del pueblo, pero estudiantes o profesionales en las ciudades, etcétera, para los que la Caballada puede significar el vínculo de unión con su comunidad de origen, pero no con ningún grupo de ella. Desearán el prestigio, pero desde un punto de vista diferente del de los que viven siempre en la comunidad. Sus códigos de valores son distintos. En resumen, una serie de amenazas a la solidaridad de grupo que significa la cofradía, a sus fundamentos y, a la postre, a sus efectos, que son una manifestación externa.

La Endiablada, el Pero-Palo, la Caballada. Tres manifestaciones populares de Almonacid del Marquesado, Villanueva de la Vera y Atienza; tres pueblos, de Cuenca, Cáceres y Guadalajara, significativos de la España rural y tradicional, de la «reserva espiritual de Occidente» y de la «España inmortal y eterna», pero indudablemente, a la luz de los hechos, cambiante. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO. Documentos gráficos del autor.



Los cofrades se preparan a correr.

ñuelo del pelo a alguna mayordoma, o haberse presentado una de éstas en pantalones, etcétera. Acto seguido comienza la primera subasta, en cuartillos de vino, para tener derecho a portar la bandera. Y, una vez concluida ésta, todos los cofrades a caballo, el «Manda» y los «gaiteros» y mayordomas en burro, van a recoger al cura, quien también debía montar en burro, aun cuando este año se le ha permitido ir a caballo (un significativo cambio en la escala de prestigio). La comitiva se dirige a la ermita de la Virgen de la Estrella.

Una vez en la ermita se celebra una procesión, que se inicia con una nueva subasta, la de las andas de la Virgen, subasta que se realiza en celamines de trigo. El recorrido de la procesión no supera los ochocientos metros, lo que no es óbice para que se vuelvan a subastar las andas tres veces más. La mujer que porta las andas (son siempre representantes del sexo femenino las que lo hacen) puede perder el derecho momentos después, si su padre o marido pierde la próxima subasta.

A la procesión sigue una Misa en

y un puñado de pasas.

A la tarde regresa la cofradía al pueblo, después que ha sido subastado de nuevo el derecho a portar la bandera, y de allí se trasladan a un llano, en donde, por parejas, celebran unas no muy animadas carreras, con lo que la parte pública de la Caballada concluye, continuando la fiesta en la tónica vulgar y corriente de este tipo de celebraciones.

La Caballada, entre el pasado y el presente

La Caballada es una celebración claramente ligada a tiempos pasados, y, sin duda alguna, es aquella de las tres que aquí mencionamos que en estos momentos está sufriendo las consecuencias del proceso de cambio con mayor rigor, sólo amortiguado por lo que supone de espectáculo turístico. La cofradía está en decadencia; cada vez son menos los que participan en la Caballada, pero quizá la dificultad mayor proviene no de las per-